

Rodríguez Cuenca, José Vicente

**LAS ENFERMEDADES EN LAS CONDICIONES DE
VIDA PREHISPÁNICA DE COLOMBIA**

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Este libro, de 300 páginas con abundantes ilustraciones a color, que el profesor José Vicente Rodríguez Cuenca dedica “A la memoria de los ingeniosos aborígenes americanos”, resume el trabajo, adelantado dentro de la línea de investigación en Bioantropología de casi dos décadas. El profesor Rodríguez Cuenca lidera el Grupo de Investigación en Antropología Biológica y del Laboratorio de Antropología Física de la Universidad Nacional de Colombia, que funcionan desde 1988 impulsando programas de investigación encaminados al estudio de la variación biológica de las poblaciones colombianas en el tiempo y el espacio.

Aunque los estudios bioantropológicos y paleopatológicos se iniciaron en Colombia hace seis décadas, cuando en los años 40 empieza su trabajo de campo el antropólogo boyacense Eliécer Silva Celis, son pocos los trabajos realizados en el país, sin olvidar, claro está, las investigaciones realizadas por Gonzalo Correal Urrego, los trabajos del mismo José Vicente Rodríguez Cuenca y su Grupo, las publicaciones de Hugo Sotomayor Tribín y los trabajos en paleodontología de Benjamín Herazo y Héctor Polanco, sigue siendo muy escasa la producción en el campo de la bioantropología y la paleopatología en el país, lo que aumenta la importancia de este libro.

El enfoque teórico de este trabajo se basa en la perspectiva ecológica y epidemiológica, que toma en cuenta las adaptaciones socio-culturales y biológicas, centrándose principalmente en la información ósea arqueológica prehispánica, desvirtuando en muchas ocasiones los planteamientos clásicos de los cronistas sobre la alimentación, el proceso salud-enfermedad y la regulación demográfica de las poblaciones prehispánicas de Colombia.

El primer capítulo, aborda el papel de las enfermedades en la historia de la humanidad, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, toda una isla geográfica y genética, destacando los aportes de la paleopatología, que muchas veces controvierten los testimonios consignados por la cosmovisión de los vencedores, versión escrita por los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII, ya que los aborígenes no dejaron testimonios escritos. El segundo capítulo trata sobre los aportes que hacen los restos óseos prehispánicos y los restos momificados a través de la paleopatología, para establecer las

condiciones de vida prehispánicas y sus enfermedades. Aborda la historia de la paleopatología desde su nacimiento como disciplina científica a finales del siglo XIX, hasta su consolidación en el siglo XX, con la aparición, en las últimas décadas del siglo, de los estudios ecológicos, paleodemográficos y epidemiológicos.

El tercer capítulo trata la enfermedad desde la perspectiva de la ecología humana, relacionando la historia natural con la enfermedad y la ecología, que en el estudio paleopatológico se convierte en epidemiología, sostiene Rodríguez Cuenca, quien afirma que el grado de adaptación de una población se mide: “según su nivel nutricional, su estado de salud-enfermedad y la efectividad de los mecanismos controladores del crecimiento demográfico en los periodos de fluctuaciones ambientales(p. 42), explicando cómo la disponibilidad de alimentos en las poblaciones prehispánicas se vio limitada por factores ecológicos, demográficos y sociales. Plantea el autor, que la enfermedad es interpretada en la cosmovisión indígena no como una alteración biológica sino como una perturbación del equilibrio ecológico, que el chamán restituye, fungiendo en su comunidad como regulador ecológico y social. Son factores causales de la aparición de enfermedades infecciosas, cuando se rompe el equilibrio ecológico a causa de una población muy numerosa, las deficiencias higiénicas, el hacinamiento, la malnutrición o el contacto permanente con animales domésticos, con los que compartimos varias zoonosis.

El cuarto capítulo plantea las relaciones entre el medio ambiente, los recursos y los riesgos en las seis grandes regiones naturales de Colombia, que, con su biodiversidad que incluye selvas y desiertos, sabanas y llanuras, costas y valles, páramos y altiplanos andinos, ocupadas por diversos grupos étnicos a través del tiempo desde los cazadore-recolectores, los pescadores y horticultores hasta los grupos agricultores, los más numerosos, que se establecieron en las zonas andinas, quienes establecieron: “novedosas estrategias agrícolas para incrementar la productividad según los diferentes ecosistemas ocupados” (p. 80) y los diferentes tipos de suelos, que les permitieron domesticar diferentes especies vegetales.

El quinto capítulo, analiza la alimentación prehispánica desde las fuentes que permiten aproximarnos a la dieta de las poblaciones antiguas, a través de los cronistas y sus limitaciones, debidas al desconocimiento de los hábitos alimenticios americanos y de los animales y las plantas nativas, dejando la impresión de que los aborígenes estaban malnutridos, debido a una dieta hipercalórica y baja en proteínas “que los estudios bioantropológicos han

desvirtuado” (p. 83) Por eso, otras fuentes permiten obtener nueva información al respecto de la alimentación prehispánica, como los restos animales y vegetales encontrados en los yacimientos arqueológicos, los estudios de isótopos estables y elementos traza en los huesos, los fitolitos en el cálculo dental, y la presencia de lesiones en huesos y dientes, características de las deficiencias nutricionales.

Se refiere el capítulo a los diferentes sistemas agrarios del Nuevo Mundo, las ventajas del policultivo y las estrategias agrícolas y alimenticias en las diferentes regiones de Colombia. Se describen los elementos de origen vegetal en la dieta prehispánica con el maíz a la cabeza, llamado el “pan de las Américas” por su importancia en la dieta alimenticia. Sostiene Rodríguez Cuenca que: “más que el oro, la plata y las esmeraldas, el maíz representa la mayor aportación americana al género humano”. (p. 102) Los pseudocereales como la quinua y el amaranto, con alto contenido proteico; las leguminosas como el frijol y el maní ricos en proteína y los tubérculos energéticos como la papa, la arracacha, los cubios, las ibias, las chuguas, el sagú y la achira y las raíces como la yuca, la batata y el ñame. Hortalizas y verduras como las guascas, el tomate, el ají; los abundantes frutos y las plantas medicinales, de las cuales el autor menciona 47, entre ellas la quinina, el curare, el tabaco, la coca, el yarumo, el guayacán y la zarzaparrilla. Completa el capítulo la dieta de origen animal, donde el profesor Rodríguez Cuenca sostiene que la alimentación prehispánica no solamente era variada, rica en proteínas, minerales y vitaminas de origen vegetal, “sino que incluía un alto componente cárnico de animales de monte, pescado, aves, especies domesticadas e inclusive insectos, sapos, ratones y hormigas” (p. 123)

El capítulo sexto, está dedicado a la paleodemografía, precisando cómo las poblaciones prehispánicas desarrollaron diversas estrategias socioculturales para asegurar la reproducción, evitar los problemas genéticos que trae la endogamia y poder asegurar el equilibrio ecológico con el medio, con lo que se produce y lo que se consume. Se destaca el uso de yerbas abortivas, el infanticidio femenino, la abstinencia sexual, la permisividad de prácticas homosexuales, la prostitución prácticas como la guerra hasta el suicidio colectivo de los pueblos que se resistieron a ser esclavizados. Entre los mecanismos reguladores del crecimiento demográfico en las sociedades prehispánicas, se mencionan la atención prestada al embarazo, a la infancia, a los jóvenes, la duración de la lactancia materna, el trato dado a las mujeres y la frecuencia de los coitos. Concluye el capítulo con las tablas de vida prehispánicas,

reconociendo lo polémico del tema y confirmando las mejores condiciones de los grupos de cazadores-recolectores en relación con los agricultores posteriores y, a su vez, las mejores condiciones de vida de los muiscas prehispánicos en relación con las muestras arqueológicas de los muiscas coloniales, donde las tablas de vida evidencian un apreciable descenso en la esperanza de vida al nacer en las comunidades indígenas colonizadas, en relación con las comunidades prehispánicas.

Los capítulo séptimo al trece abordan las principales enfermedades que padecieron las poblaciones prehispánicas, que dejaron huellas en huesos y dientes arqueológicos. Se inicia con los dientes, describiendo los indicadores más utilizados en paleopatología como la caries, el desgaste, la enfermedad periodontal, los abscesos, los desajustes en el desarrollo dental y las anomalías de los dientes, como la hipoplasia, explicando las razones por las cuales los cazadores-recolectores padecían un gran desgaste dental por su dieta y sus prácticas alimenticias, sufrían de grandes cálculos, pero casi no conocieron la caries dental, patología que aparece en las poblaciones agrícolas, relacionada con el aumento en la dieta de carbohidratos, el cultivo del maíz y la práctica femenina de mascararlo para fermentar la chicha, lo que explica la mayor incidencia de caries en la población femenina.

Entre los problemas circulatorios y metabólicos evidenciados en los restos óseos prehispánicos, el autor menciona la hiperostosis porótica, respuesta fisiológica que se relaciona con la anemia ferropénica y con las parasitosis, que no afectaron a las poblaciones prehispánicas colombianas y no son mencionadas por los cronistas. En segundo lugar se menciona la presencia de osteoporosis (pérdida del tejido óseo) que afecta más a las mujeres que a los hombres y que se presenta en poblaciones adultas, en el rango de los 40 a los 50 años de edad.

A los traumas óseos se dedica el siguiente capítulo, empezando por la descripción de los problemas causales de traumas en las poblaciones precolombinas, tanto ambientales como socioculturales, como es el caso de los sacrificios humanos, los enfrentamientos en las fiestas o las guerras intergrupales. El capítulo décimo se refiere a las lesiones de las articulaciones, iniciando con la patología más frecuente en los restos óseos prehispánicos, la Enfermedad Articular Degenerativa y los factores causales de esta enfermedad, que se constituye en la patología más observada, enfermedad relacionada con los hábitos ocupacionales que afectaron a todas las sociedades precolombinas sin distinción de sexo ni estatus social, presentándose con mayor

frecuencia en mayores de 20 años. La artritis degenerativa, que afectó principalmente la columna vertebral, es un proceso patológico que hace aparición a los 30 años y se intensifica en mayores de 40. La Artritis Degenerativa afecta fuertemente a las poblaciones cazadoras recolectoras y no se presenta con tanta intensidad en el Formativo. Continúan los problemas articulares con la espondilitis anquilosante, la artritis degenerativa y las malformaciones esqueléticas como la cifosis, la lordosis, la espina bífida y la espondilolisis.

El capítulo once aborda la tuberculosis, que se relaciona con el desarrollo de la agricultura, con la nucleación en aldeas y con la domesticación de animales. Tuberculosis precolombina que se ha reportado en Norte y Meso América, Santo Domingo, Venezuela, Colombia, Perú y Chile. Sostiene el profesor Rodríguez Cuenca que la tuberculosis “estuvo muy difundida en las poblaciones agrícolas precolombinas, especialmente de los altiplanos andinos” (p. 214) sin haberse identificado aún en poblaciones de cazadores-recolectores.

El capítulo doce se refiere a las treponematosis, empezando por definir los cuatro tipos de enfermedades que causan las espiroquetas del género *Treponema* en el ser humano, cuyo diagnóstico diferencial es muy complicado en paleopatología. Tres de estas trepanomatosis no son de origen venéreo: La pinta o carate, presente desde México hasta el Amazonas; el pián, forma crónica de treponematosis que se presenta tempranamente en la infancia por contacto con la piel y es una patología frecuente en América Latina y el Caribe, y la sífilis endémica, que se presenta en climas cálidos y secos de los países mediterráneos. La otra es la sífilis venérea, que es una enfermedad de transmisión sexual. Se presentan las tres hipótesis sobre su polémico origen, la colombina, la precolombina y la unitaria, y se mencionan casos desde Aguazuque, hace 5.000 años, y uno en la población Herrera de Madrid, Cundinamarca. En las poblaciones chibchas del Caribe y del Valle del Cauca también se reportan treponematosis.

El capítulo trece se dedica a otras enfermedades como los tumores, la hidrocefalia y las enfermedades genéticas, que se pueden detectar en los restos óseos arqueológicos. El capítulo catorce versa sobre las bases del bienestar prehispánico y su legado para la posteridad, donde sostiene el profesor Rodríguez Cuenca que la alimentación indígena “es el mejor legado americano” (p. 264).

El último capítulo del libro, que lleva por título “La extinción indígena: conquistadores y pestilencias”, resume la opinión del autor sobre el violento

contacto de los dos mundos, con la política de tierra arrasada de los conquistadores, las epidemias desconocidas por los pueblos americanos como la viruela, el sarampión, la gripe; al lado de las encomiendas, las mitas, la expropiación de sus tierras, la miseria y el hambre, la esclavitud y la aculturación que “condujo que hacia finales del siglo XVII casi el 90% de la población indígena se hubiera extinguido” (p. 279)

Concluye su libro el profesor José Vicente Rodríguez Cuenca, sosteniendo que “la recuperación de la memoria histórica y ambiental del pasado indígena, el manejo del mundo, la energía, los recursos, las plantas y los animales, las enfermedades, la regulación demográfica y, en general, sus condiciones de vida, constituyen lecciones para el presente de la población mestiza” (p. 281), que sigue rindiendo tributo a sus conquistadores, mientras la memoria indígena queda sumida en el olvido.

ABEL FERNANDO MARTÍNEZ MARTÍN
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia